



Memoria y testimonio en Primo Levi: la babel de los campos de concentración

María Coira¹

Recibido: 07/07/14
Aceptado: 05/08/14

Resumen

La memoria como problema y objeto de indagación teórica, si bien de temprana aparición en la civilización que damos en llamar occidental, ha cobrado un importante lugar en las preocupaciones de historiadores, filósofos, psicólogos, y críticos literarios, con todas las implicancias éticas, políticas y estéticas que ello conlleva. En tal contexto, tales problemáticas cobran dimensiones especiales cuando lo que se narra, analiza, representa o se intenta explicar son los acontecimientos traumáticos colectivos. En este trabajo, nos centramos en algunos aspectos de los textos testimoniales y ensayísticos de Primo Levi (1919-1987), que estimamos como insoslayables respecto de las problemáticas referidas. Estos textos son: *Si esto es un hombre* (1947), *La tregua* (1963) y *Los hundidos y los salvados* (1986).

Palabras clave

Memoria – trauma – testimonio – narración – historia – Primo Levi.

Abstract

Memory as a problem and the subject of theoretical inquiry, although early onset in civilization that we call western, has gained an important place in the concerns of historians, philosophers, psychologists, and literary critics, with all the ethical implications, political and aesthetic that entails. In this context, special dimensions such problematic charged when what is narrated, analyzes, represents or attempts to explain what are the collective traumatic events. In this paper, we focus on some aspects of testimonial texts and essays of Primo Levi (1919-1987), which estimates as unavoidable regarding the aforementioned issues. These texts are: *Se questo è un uomo* (1947), *La tregua* (1963) and *I sommersi e i salvati* (1986).

Keywords

Memory – trauma – testimony – narrative – history – Primo Levi.

Introducción

La memoria como problema y objeto de indagación teórica, si bien de temprana aparición en la civilización que damos en llamar occidental, ha cobrado un importante lugar en las preocupaciones de historiadores, filósofos, psicólogos, y críticos literarios, con todas las implicancias éticas, políticas y estéticas que ello conlleva. En tal contexto, tales problemáticas cobran dimensiones especiales cuando lo que se narra, analiza, representa o se intenta explicar son los acontecimientos traumáticos colectivos. En la Argentina, lo sucedido entre 1976 y 1983 durante la dictadura, aunque cada vez más estudiosos

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora titular de Teoría y crítica literaria, Departamento de Letras, Celehis, Universidad nacional de Mar del Plata. Contacto: macoira@gmail.com

incorporan también los hechos de 1975. En general, rápidamente son convocados: las dos grandes guerras europeas, el nazismo y la destrucción de los judíos, los *gulags* soviéticos y el *apartheid* sudafricano, como los más insistentes. Desde ya, es el Holocausto el acontecimiento que más indagaciones, testimonios, tesis, ensayos, novelas, filmes, etcétera ha motivado. Se podría decir que ha devenido en una suerte de paradigma respecto de los momentos más dolorosos y difíciles de comprender de nuestra historia contemporánea. En cuanto a los problemas abordados, tres de ellos nos interesan principalmente: la relación entre memoria e historia, la relación entre arte y vida, y los alcances y límites de la representación.

La crisis de la representación atraviesa la literatura y la concepción del lenguaje toda, en especial desde la segunda mitad del siglo veinte. No se trata ya solamente de la experiencia de las poéticas rupturistas sino de la sospecha de que todo intento de asir la realidad y comunicarla es, en última instancia, un modo del fracaso. En tal contexto, la narración de experiencias traumáticas, en general, y de las experiencias traumáticas colectivas, entre las que se hallan las llamadas tragedias nacionales, en particular, se constituyen, para algunos, en casos paradigmáticos. Walter Benjamin ya había observado el mutismo que aquejaba a los hombres que volvían al término de la Primera Guerra, empobrecida hasta el silencio su experiencia por el horror de las trincheras. Sobre la base de esta reflexión benjaminiana, se levantará la famosa sentencia de Adorno acerca de que después de Auschwitz no se podrá escribir poesía. Para Nancy, la interdicción de la representación arrastra atávicos aires bíblicos (lo prohibido de la representación es la prohibición judía, islámica, y en parte cristiana de representar a Dios). Tal interdicción del ídolo en favor de la invisible y verdadera presencia de lo divino devendría, en la modernidad, en el carácter mortífero atribuido a la representación y el pesimismo respecto de la capacidad comunicativa del lenguaje humano.

En el hiato entre ver lo que no se puede decir y decir lo que no podemos ver, a lo que cabe agregar el existente entre voz y escritura, nos situaremos en los territorios discursivos, más precisamente en los de las narraciones escritas de situaciones postraumáticas, en el inevitable juego entre la experiencia subjetiva y sus dimensiones colectivas. LaCapra, en sus estudios acerca de las posibilidades, límites, riesgos y paradojas que entrañan las narraciones acerca del Holocausto o *Shoah*, observa la especial exacerbación que sufren las problemáticas teóricas en lo referente a la comunicación, la representación, la conformación o no de un corpus de textos canónicos y la relación entre historia y teoría, entre otras, al referirse a esa tragedia de la historia reciente. Su comprensión plantea obstáculos que pueden ser percibidos como insuperables y suelen provocar una oscilación entre lo evitado o reprimido y lo sacralizado o inefable, pasando por la canonización tranquilizadora en tanto y en cuanto tal relato normalizado no provocaría ya interrogantes al teórico, ni al historiador, ni al crítico literario, ni al filósofo, ni a los lectores en general. Consideramos importante subrayar que tales reflexiones no se suponen meramente especulativas, por el contrario, se entretajan con nuestra vida cotidiana, la percepción de nuestra historia, nuestros horizontes de expectativas y, en suma, la conformación de nuestra subjetividad, valores, sentimientos y proyectos.

La escritura del trauma, nos recuerda LaCapra, es la del testimonio, la del sobreviviente. El hecho de poder narrar los hechos, las sensaciones, etcétera, supone ya una instancia del proceso del duelo. En efecto, muchas víctimas no pueden hablar ni escribir sobre lo vivido. A su vez, independientemente de que la escritura o puesta en lenguaje

presuponga de suyo un grado de distanciamiento y, por ende, escapar de la trampa de la repetición sin salida, el menor o mayor desarrollo del proceso del duelo tendrá como correlato el tono del relato y la fuerza de sus efectos en la recepción. En cuanto a los autores y lectores posteriores a los hechos y/o ajenos a ellos, LaCapra propone trabajar desde una noción de empatía que no se confunda con la identificación, es decir, la producción de una respuesta empática hacia el otro en cuanto otro y no una fusión con él. En el difícil proceso de eludir la victimización vicaria y el anhelo de alcanzar una objetividad que, en realidad, cosificaría y mataría la experiencia, LaCapra postula la importancia histórica de poder escribir acerca del trauma, desde una concepción de la historia que contemple la caída de taxonomías duras entre los géneros discursivos y los modos de narrar (LaCapra 2005).

En nuestro caso, hemos estudiado las complejas relaciones entre historia y ficción, novela y vida, en el contexto de la problemática de los alcances y límites de la representación y en casos concretos que hacen a la llamada nueva novela histórica así como también a la novela de no ficción. Posteriormente y sobre esa base, indagamos sobre la representación literaria de la dictadura argentina en novelas de Martín Kohan, Carlos Gamerro y Félix Bruzzone. En esta ocasión, nos centramos en algunos aspectos de los textos testimoniales y ensayísticos de Primo Levi (1919-1987), a los que estimamos como insoslayables respecto de las problemáticas referidas. Estos textos son: *Si esto es un hombre* (1947, en adelante también SH), *La tregua* (1963, LT) y *Los hundidos y los salvados* (1986, HyS).

Textos y contextos

Nacido en 1919 en el seno de una familia judía en la Italia del norte, Primo Levi se graduó en Química en la Universidad de Turín en 1941. Sus antepasados supieron de persecuciones: víctimas de la expulsión de los judíos de la España de 1492, habían llegado a radicarse en Piamonte. En diciembre de 1943, Levi es detenido por la Milicia fascista. Tenía veinticuatro años, casi nula experiencia con la resistencia en el monte y, según él mismo narra, acostumbrado a vivir en un mundo poco real, producto del carácter social reducido que le habían impuesto las leyes raciales, poblado por educados fantasmas cartesianos y un sentido un tanto abstracto y moderado de la rebelión a la que recientemente se había incorporado. Al ser detenido decide identificarse como judío, lo que le parece menos riesgoso que justificar su presencia en ese monte por su actividad política. Lo mandan al campo de concentración de Fossoli, cerca de Módena. A su llegada eran unos ciento cincuenta judíos italianos pero en pocas semanas ascenderían a más de seiscientos; la mayor parte de ellos constituían familias enteras. Poco tiempo después, una sección de los SS arriba al lugar y los detenidos son trasladados en vagones de tren en condiciones hartamente penosas. Levi será prisionero en Monowitz, cerca de Auschwitz, en la Alta Silesia, una región habitada por alemanes y polacos, donde los cerca de diez mil prisioneros eran obligados a trabajo esclavo en una fábrica de goma sintética llamada Buna, de manera que el mismo campo recibe ese nombre. A fines de enero de 1945, llega el Ejército Rojo y comenzará para él y otros sobrevivientes el lento camino de regreso. En diferentes partes de sus textos y en entrevistas, Levi ha atribuido el hecho de sobrevivir en parte al azar, en parte a ser joven y con buena salud al momento de ser internado, y a sus conocimientos de química que le valieron el haber sido asignado a una suerte de laboratorio (lo que no lo libraba del hambre y los maltratos pero sí de las terribles inclemencias de los trabajos

pesados al aire libre). También valora los pocos momentos de amistad y comunicación vividos.

En esos últimos tiempos de su trabajo en el “laboratorio” de Buna, Levi comienza a pensar en la escritura de un libro: su testimonio de lo vivido en el *Lager*. Escrito entre 1945 y 1946, *Si esto es un hombre* se publicaría en 1947. Rechazado por algunos grandes editores, una pequeña editorial acepta el manuscrito e imprime 2.500 ejemplares. Disuelta esta editorial, el libro cayó en el olvido hasta que en 1958 fue reimpreso por Einaudi y a partir de ello suscita un gran interés, es traducido a varias lenguas, comentado en las escuelas y universidades, y adaptado para teatro y radio. En 1976, Levi incorpora al libro un “Apéndice” que intenta dar respuesta a las preguntas más frecuentes que le han formulado estudiantes y lectores en general: si los alemanes sabían lo que pasaba en los campos de exterminio, si estaban o no al tanto los aliados, si se producían fugas o rebeliones, cómo se explica el odio de los nazis a los judíos, entre otras. Primo Levi brinda ahí sus reflexiones y lo que a su conocimiento ha llegado de estos temas. En repetidas ocasiones hace referencia a la escritura de *Si esto es un hombre*, destacando que su propósito fue el de mantener el tono de un testigo y que por ello no incluyó en su redacción ninguna de las cosas de las que se enteró en diferentes momentos después de su liberación.

Primo Levi atribuye el poco interés que su primer libro despertó al comienzo, entre otros motivos, a que la gente quiso, apenas terminada la guerra y durante los primeros años posteriores, olvidar tales horrores y centrarse en la recuperación de sus vidas, sus trabajos y sus países. Para cuando publica *La tregua*, en 1963, otro era el clima y su éxito inmediato alcanza también al primero. *La tregua* narra las peripecias vividas entre la llegada del Ejército Rojo a Auschwitz y el efectivo retorno a su casa de Turín. El viaje llevó mucho tiempo y los sobrevivientes italianos anduvieron por Polonia, Rusia, Ucrania, Rumania, Hungría y Alemania, por motivos que, a falta de mejor explicación, son atribuidos por el autor a cierta desorganización de los rusos. Si bien las dificultades lejos están de haber desaparecido, nada puede compararse con la vida en el campo de concentración. Así, estos relatos están atravesados por cierto humor que recuerda el de la picaresca, en ciertos tramos.

El último libro de lo que se ha dado en llamar la trilogía de Primo Levi sobre los campos de exterminio, es de 1986 y su autor hace explícita las situaciones de su escritura y publicación: los años transcurridos, la perspectiva que brinda el tiempo, todo lo que se ha ido conociendo en esos años (investigaciones históricas, nuevos testimonios, hallazgos varios) pero también la existencia de ciertos estereotipos y simplificaciones que se han ido acumulando. Su tono es más ensayístico que el de los anteriores y aborda problemáticas como la vergüenza del sobreviviente, el colaboracionismo de ciertos prisioneros, la violencia inútil o sadismo de los victimarios y qué pasaba con los intelectuales en Auschwitz, entre otras. Incluye cartas de alemanes que él ha recibido a lo largo de esos años, motivadas por la lectura de sus libros: justificaciones, explicaciones, confesiones, que Levi comenta, al tiempo que brinda sus puntos de vista sobre ellas. De todos los temas abordados, destacamos el tratado en el capítulo titulado “La comunicación” (77-90 de la edición que figura en la bibliografía). Ya durante la lectura de *Si esto es un hombre* y *La tregua* nuestra atención había sido captada por la permanente mención a las barreras lingüísticas imperantes en los campos y sufridas muy especialmente por los italianos. Las estrategias para hacerse entender por mímicas y dibujos, las traducciones rudimentarias, los costosos aprendizajes de ciertas palabras, la importancia de los tonos, son descriptos una y

otra vez en estos dos libros. Más allá de los omnipresentes frío y hambre, los problemas de la comunicación en los campos y durante el regreso a casa después de la liberación son fundamentales y entretejen sutilmente las topografías, las geografías y las características de los distintos pueblos allí mezclados: griegos, franceses, húngaros, rusos, italianos.

Babel concentracionaria

No más llegados a Auschwitz, arrojados desde los vagones del tren a un vasto andén iluminado por reflectores, confundidos y sedientos, los prisioneros italianos reciben órdenes “extranjeras” (“esos bárbaros ladridos de los alemanes cuando mandan”, SH, 19). De ahí en más, la escena se reitera: ya ubicados en Monowitz-Buna, entender o no una orden podrá significar sufrir penosos castigos o aun la muerte inmediata; pero la mayoría de los deportados no sabe alemán; el mismo Levi aclara que su conocimiento de esa lengua es más que precario. A esto se suma la dificultad para comprenderse entre los mismos prisioneros: los había húngaros, polacos, griegos y franceses. En especial, los italianos, al no hablar *yiddish*, sufrían de un modo particularmente agravado sus posibilidades de comunicación.² De ahí que en los diversos relatos sobre la vida en Buna, la figura del “intérprete” (algunos prisioneros esporádicamente cumplían ese rol) cobre singular relevancia. Dice Levi:

En la memoria de todos nosotros, los sobrevivientes, escasamente políglotas, los primeros días de Lager han quedado grabados en forma de película desenfocada y frenética, llena de ruido y de furia, y carente de significado: un ajeteo de personajes sin nombre ni rostro sumergidos en un continuo y ensordecedor ruido de fondo del que no afloraba la palabra humana. Una película en blanco y negro, sonora pero no hablada. (HyS, 81).

A los modos de hacerse entender por gestos o señas, sumamos las notaciones propias de los campos, impuestas por los nazis. Así, los prisioneros estaban clasificados mediante triángulos de tela cosidos a sus chaquetas o camisas: amarillos para los judíos, rojos para presos políticos y verdes para los criminales comunes. Y ya desde el comienzo de su internación, los prisioneros perdían sus ropas, su pelo y hasta su nombre propio que era reemplazado de ahí en más por un número tatuado en su brazo. “Me llamo 174517; nos han bautizado, llevaremos mientras vivamos esta lacra tatuada en el brazo izquierdo” (SH, 29). Otra cita:

Parece que ésta ha sido la iniciación real y verdadera: sólo si “enseñas el número” te dan el pan y la sopa. Hemos necesitado varios días y no pocos bofetones y puñetazos para que nos acostumbásemos a enseñar el número diligentemente, de manera que no entorpeciésemos las operaciones cotidianas de abastecimiento; hemos necesitado semanas y meses para aprender a entenderlo en alemán. Y durante muchos días, cuando la costumbre de mis días de libertad me ha hecho ir a mirar la hora en el reloj de pulsera he visto irónicamente mi nombre nuevo, el número punteado en signos azulosos bajo la epidermis. (SH, 29).

² Se llama así al idioma de las comunidades judías del centro y este europeo. También se lo conoce como “judío-alemán”, debido a que en parte su sintaxis y léxico provienen del alemán, aunque se observa, asimismo, influencia de las lenguas eslavas y del hebreo. Su ortografía usa los caracteres del alfabeto hebreo.

El tatuaje no solamente identifica al deportado sino que forma parte de toda una “fúnebre ciencia” de los números en Auschwitz: según fueran más bajos o más altos permitían seguir las sucesivas etapas de la destrucción de los judíos europeos, delatando no sólo los diferentes tiempos del ingreso al campo sino también la nacionalidad de los prisioneros. En ese universo, se tratará con respeto a los números del 30.000 al 80.000 que marcan a los pocos sobrevivientes de los *ghettos* polacos, mientras que los números altos, como el de Levi, indican a los recién llegados que nada entienden y a los que se podrá someter a bromas pesadas y hasta malos tratos entre los mismos prisioneros.

Durante el largo viaje de regreso, cuyas peripecias se narran en *La tregua*, las dificultades lingüísticas permanecen y hasta exacerbadas en las formas del alfabeto cirílico. Toda negociación para conseguir comida, toda pregunta para saber en qué lugar se está y hacia dónde se dirige el tren del retorno choca con esas barreras lingüísticas. Otra vez, los pocos intérpretes, los dibujos y las mímicas mitigan en parte la incomunicación. Se destaca también la ingenuidad de algunos que no pueden creer que otro ser humano no conozca su lengua materna. Estos signos lingüísticos si bien “arbitrarios”, según nos enseñaron primero Saussure y luego el triunfo de las hipótesis convencionalistas sobre el lenguaje, aparecen en estas narraciones como altamente motivados o, al menos, estrechamente entrecruzados con las costumbres, los modos de sentir, los valores, los tipos físicos, en fin, la cultura de cada región o pueblo y hasta su geografía, sus modos de trabajo y la fisonomía de sus ciudades. Al respecto, compartimos estas dos citas:

Cuando por la mañana muy temprano abrimos las puertas de par en par, se ofreció a nuestra mirada un paisaje sorprendentemente familiar: se había acabado la estepa desierta, geológica, y teníamos ante nosotros las colinas verdeantes de la Moldavia con caseríos, pajares, hileras de vides; se habían acabado las enigmáticas inscripciones cirílicas [...] (LT, 189).

Si en Rumania había gozado de un delicado placer filológico al degustar nombres como Galato, Alba Iulia, Turnu Severín, al entrar en Hungría nos topamos, por el contrario, con Békécsaba, al que siguieron Hódmezővásárhely y Kiskunfélegyháza. [...] Pero en Hungría, a pesar de los nombres imposibles, nos sentíamos ya en Europa, bajo el ala de una civilización que era la nuestra, al abrigo de apariciones alarmantes como aquella del camello de Moldavia (LT, 198).

Como las cicatrices de una piel castigada, como los números tatuados en su brazo que Levi nunca intentó borrar, su prosa muestra con insistencia frases o al menos palabras en otras lenguas que no son la italiana, en un intento de reproducir lo más fielmente posible no sólo el carácter políglota del *Lager*, sino especialmente lo que su “memoria acústica” conserva de las asperezas y violencias del lenguaje sufridas en Auschwitz. Aunque el traductor de la primera versión alemana de *Si esto es un hombre* le advirtiese que “no es alemán, los lectores de hoy no lo entenderían” (HyS, 147), Levi siempre priorizó la aspereza significativa por sobre un defecto de ortografía o su reemplazo por otra palabra más adecuada respecto del significado. En rigor, la experiencia concentracionaria no solo estaba lejos del alemán de Goethe y Mann o del melodioso de la poesía de Heine, sino también del alemán de los cuarteles: la de los campos era una “jerga degradada, con frecuencia satánicamente irónica” (HyS, 147). En esa línea, ofrecemos a continuación esta suerte de glosario básico: *Arbeitslager*: campo de trabajo. *Arbeit Macht Frei*: el trabajo nos

hace libres (escrito en las puertas de Auschwitz). *Arztvormelder*: prisionero que tiene que ir a un reconocimiento médico. *Aufstehen* (en alemán): orden para levantarse que inicia la condena de cada día de trabajo esclavo. *Block*: barraca. *Blockältester*: preso encargado de cada barraca. *Blockfrisör*: barbero autorizado. *Dicke Füsse*: pies hinchados, diagnóstico altamente peligroso. *Geschwollen*: hinchado (enfermo por beber agua que no es potable). *Geheimnisträger*: detentores de secretos, de los cuales era necesario librarse. *Häftling*; prisionero, deportado. *Hier ist kein warum*: aquí no hay ningún porqué. *Jawohl*: ¡Sí! ¡Entendido! *Ka-Be*: abreviatura de *Krankenbau*, enfermería. *Kapo*: preso que trabaja, por ejemplo en vigilancia, en los campos de concentración, recibiendo por ello algunos privilegios. *Kommando*: escuadrones de trabajo constituidos por prisioneros de los campos. *Lager*: campo de concentración. *Menaschka*: escudilla de zinc con forma de cubo para poner el potaje. *Muselmann*: “musulmán”, término con el que los veteranos del campo designaban a los más débiles e ineptos, que han perdido todo interés en sobrevivir. *Prominent*: funcionarios del campo (algunos judíos alcanzan esos puestos). *Protekcja*: privilegio. *Schonungsblock*: barracón de reposo para enfermos leves. *Selekcja* (palabra híbrida latina y polaca): selección de prisioneros destinados a morir en las cámaras de gas. *Sonderkommando*: unidades de trabajo formadas por prisioneros judíos y no judíos, seleccionados para trabajar en las cámaras de gas y en los crematorios. Tenían un periodo de trabajo acotado, ya que, para no dejar testigos de la matanza a nivel industrial que se estaba realizando, eran asesinados y reemplazados por otros. *Vorarbeiter*: especie de capataz que vigila y organiza el trabajo forzado. *Wassertrinken verboten*: prohibido beber. *Wstawac*: orden para levantarse (en polaco). *Zugang*: el “nuevo”, se refiere al prisionero recién ingresado.

No tener acceso al lenguaje deviene en la estrategia más efectiva para degradar a los hombres en los campos. En Auschwitz, explica Primo Levi, “comer” se decía *fressen* que “en buen alemán se aplica sólo a los animales” (HyS, 86). Y en tanto animales, muchas órdenes son dadas sin palabras y, en más de un caso, mediante golpes; de ahí que en Mauthausen, campo todavía más políglota que Auschwitz, el látigo de goma fuera nombrado con la palabra “intérprete” (*der Dolmetscher*): el que se hace entender por todos (HyS, 80).³ Citamos a Levi:

Esto de sentirse seres a quienes no se hablaba tenía efectos rápidos y devastadores. A quien no te habla, o se dirige a ti con alaridos que te parecen inarticulados, no osas dirigirle la palabra. Si tienes la suerte de encontrar a tu lado a alguien con quien tienes una lengua en común, menos mal, podrías cambiar impresiones, aconsejarte con él, desahogarte; si no encuentras a nadie, la lengua se te seca en pocos días, y con la lengua el pensamiento (HyS, 81).

Precisamente por haber sufrido una falta de comunicación radical, Primo Levi no sentirá simpatía alguna sobre las teorías sobre la incomunicabilidad en boga durante los años setenta, considerándolas frívolas y hasta lamentaciones “producto de cierta pereza mental” (HyS, 77). Rechazar la comunicación y desconfiar del lenguaje equivaldrá, para este autor, a una especie de pecado.

³ Primo Levi cita a Hans Marsalek (1977), *Mauthausen*. Milán: La Pietra.

Memoria, literatura, vida

En los textos de Levi no escasean las referencias a obras de la literatura (muchas de ellas clásicas y canónicas) y hasta del cine: la *Odisea*, Dante y su *Divina comedia*, *La conciencia de Zeno* de Svevo, la poesía metafísica de John Donne, *La tierra baldía* de T. S. Eliot, *Los hermanos Karamazov* de Fedor Dostoiewski, entre otras. En *Los hundidos y los salvados*, incorpora las referencias a otras publicaciones testimoniales de los Lager nazis y, asimismo, de los campos soviéticos como es el caso de *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsyn. Esto representa un campo de trabajo crítico en sí mismo, que en esta ocasión no vamos a desarrollar. Sin embargo, no podemos resistir el hecho de compartir en estas líneas dos asociaciones desatadas en nuestra lectura, es decir, que corren por nuestra cuenta, toda vez que Levi no menciona ni los textos ni al autor por nosotros convocado. Nos referimos a dos cuentos de Julio Cortázar.

“La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz” reflexiona Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*. En su primer capítulo, “El recuerdo de los ultrajes” y a propósito de las distorsiones que se operan sobre la realidad con fines defensivos, Levi recupera su amistad con Alberto D., personaje ya conocido por los relatos de *Si esto es un hombre*. Alberto D., joven lúcido y sano, había sido deportado con su padre de cuarenta y cinco años, quien caerá durante la gran selección (para ser asesinados en las cámaras de gas) de octubre de 1944. Ante el avance de los rusos, como es sabido, Auschwitz es evacuado por los nazis en enero de 1945. Levi pudo evitar esa terrible marcha forzada por tener escarlatina, permaneciendo en la enfermería junto con otros enfermos dejados allí a su suerte. Posteriormente, Levi supo que en esa marcha Alberto había muerto de agotamiento.

Una de las características de la relación entre Primo y Alberto, según recuerda el primero, había consistido en desarrollar una cierta capacidad para enfrentar la crudeza de los hechos y no hacerse falsas ilusiones respecto del porvenir. Sin embargo, luego de haber sido enviado su padre a las cámaras de gas, Alberto había cambiado y comenzado a encontrar refugio en algunos rumores consolatorios. Apenas repatriado, Levi se acerca a la ciudad de Alberto para compartir el duelo con su madre y hermano. Pese a ser recibido con afecto, prácticamente no quisieron escuchar su relato: Levi estaba equivocado, la madre de Alberto sabía que su hijo había logrado esconderse en el bosque y estaba a salvo en manos de los rusos. Todavía no había podido enviarles noticias pero seguramente pronto lo haría. Era mejor cambiar de tema, entonces, y que Levi se limitara a contarles cómo había sido su propia salvación. Un año después, de visita nuevamente, el relato de la familia de Alberto se mantenía con ligeros cambios: Alberto estaba en una clínica rusa, había perdido la memoria pero seguramente pronto mejoraría y se comunicaría con ellos. Imposible no asociar con el cuento “La salud de los enfermos” de Julio Cortázar.

La segunda asociación está motivada en el cierre de *La tregua*. Si bien, como hemos dicho, este segundo texto autobiográfico relata situaciones que pese a su gravedad no alcanzan los horrores de las propias del campo de concentración y por momentos ofrece a los lectores un cierto humor picaresco, hacia el final somos sumidos en imágenes de una desesperanza que roza lo fantástico angustiante. Citamos:

Es un sueño que está dentro de un sueño, distinto en los detalles, idéntico en la sustancia. Estoy a la mesa con mi familia, o con mis amigos, o trabajando, o en una campaña verde: en un ambiente plácido y distendido, aparentemente lejos de toda

tensión y todo dolor; y sin embargo experimento una angustia sutil y profunda, la sensación definida de una amenaza que se aproxima.

Y, efectivamente, al ir avanzando el sueño, poco a poco o brutalmente, cada vez de modo diferente, todo cae y se deshace a mi alrededor, el decorado, las paredes, la gente; y la angustia se hace más y más intensa y más precisa. Todo se ha vuelto un caos: estoy solo en el centro de una nada gris y turbia, y precisamente sé lo que ello quiere decir, y también sé que lo he sabido siempre: estoy otra vez en el Lager, y nada de lo que había fuera del Lager era verdad. El resto era una vacación breve, un engaño de los sentidos, un sueño: la familia, la naturaleza, las flores, la casa. Ahora este sueño interior al otro, el sueño de paz, se ha terminado, y en el sueño exterior, que prosigue gélido, oigo sonar una voz, muy conocida; una sola palabra, que no es imperiosa sino breve y dicha en voz baja. Es la orden del amanecer en Auschwitz, una palabra extranjera, temida y esperada: a levantarse, “Wstawac” (LT, 210-211).

Tal vez huelgue decir que la asociación que ha emergido como insoslayable al leer esas líneas es el final de “La noche boca arriba”, cuando la realidad tranquilizadora deviene en un sueño absurdo y las pesadillas en cruda realidad.

Primo Levi ha elegido el lugar del testigo para escribir sus libros. En especial, el carácter autobiográfico y descriptivo es característico de sus dos primeras publicaciones, con su prosa austera y la ausencia de toda información que el autor pudo obtener a posteriori (particularmente respecto de *Si esto es un hombre*, escrito y publicado inmediatamente después de ser liberado). Hay, empero, un testimonio que no tendremos, el de quienes no sobrevivieron y no alcanzaron a dejar ni una mínima huella de su paso por los campos de concentración, en particular el de aquellos que ya antes de morir se mostraban extenuados y ausentes, los llamados “musulmanes”. La pulsión de dar testimonio es clara: lo que pasó tiene que saberse. No sólo por la memoria del pasado en sí y las posibilidades de que pueda actuar la justicia una vez terminada la guerra, sino para estar atentos y evitar que situaciones similares se produzcan en el futuro. Esta dimensión crece significativamente en *Los hundidos y los salvados*: de tono ensayístico (aunque sin abandonar lo autobiográfico), en este texto Levi incorpora datos de la actualidad, debate con otras publicaciones sobre el tema y hace referencia a los campos soviéticos y hasta a la dictadura argentina de 1976. La experiencia del terrible hundimiento de la sociedad alemana durante el nazismo, la cruda realidad de los campos de exterminio, sus redes con campos propios de nuestra modernidad como la tecnología, el peso de la burocracia y la razón instrumental, todo aquello por lo que, en síntesis, Hanna Arendt ha llegado a expresar que nunca ha habido culpables tan culpables e inocentes tan inocentes, no son para Primo Levi relatos del pasado sino posibilidades de horrores futuros que deben ser evitados. En tal sentido, su escritura es también un conjuro.

Ante la pregunta sobre cómo imaginaba él su vida si no hubiera sido capturado, Levi expresa que tratar de saber cuál hubiera sido su pasado “si” sería tan infundado como el intento de adivinar nuestro porvenir. Sin embargo, hay algo que no duda en afirmar y es que si no hubiera vivido la experiencia de Auschwitz, probablemente nunca hubiera escrito nada. Interesado por la física y la química, estudiante mediocre de italiano y de historia, nada tenía en común con el mundo de la escritura. La vida en el campo lo cambió y, hacia fines de los años setenta, Primo Levi observa que a su experiencia como prisionero se ha superpuesto otra ya más larga y compleja: la del escritor-testigo, en particular, y la del

escritor a secas. Dedicado a la escritura al comienzo solamente los fines de semana, Levi dejará su trabajo como químico y lo hará como escritor hasta el final de su vida.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2005), *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos.
- Enaudeau, C. (1999), *La paradoja de la representación*. Buenos Aires: Paidós.
- Coira, M. (2009), *La serpiente y el nopal. Historia y ficción en la novelística mexicana de los 80*. Mérida, Venezuela: Ediciones El otro, el mismo.
- Coira, M. (2012), “Memoria y trauma en tres novelas de Martín Kohan”. En: María Coira, Rosalía Baltar y Carola Hermida (comp.), *Escenas interrumpidas II. Imágenes del fracaso, utopías y mitos en la literatura nacional*. Buenos Aires: Katatay, 73-86.
- LaCapra, D. (2005), *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LaCapra, D. (2006), *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: FCE.
- LaCapra, D. (2008), *Representar el Holocausto. Historia, teoría, trauma*. Buenos Aires: Prometeo.
- LaCapra, D. (2009), *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo.
- Levi, P. (2000), *Si esto es un hombre*. Barcelona: Biblos.
- Levi, P. (1997), *La tregua*. Barcelona: Muchnik.
- Levi, P. (2000), *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik.
- Levi, P. (2006), *Deber de memoria*. Buenos Aires: del Zorzal.
- Nancy, J. L. (2006), *La representación prohibida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ricoeur, P. (2004), *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.